



VISTA DE ROMA DESDE PALESTRINA.

Tomamos este artículo del tomo I de los *Viajes por Italia con la expedición española*, del señor Gutierrez de la Vega :

« Los pocos momentos que permanecemos en Palestrina, cuya población asciende á cinco ó seis mil almas, los consagramos á visitar el magnífico palacio del príncipe Barberini, enclavado, por decirlo así, sobre una enorme montaña que domina perfectamente á la ciudad. Aun no habíamos ganado toda esta considerable altura, cuando al hacer un ligero descanso, dirigimos la vista hacia la grande y hermosa campiña que se extiende desde la falda de la montaña. Los rayos horizontales del sol empezaban á alumbrar á lo lejos una masa blanca, que aunque de forma confusa al principio, se destacaba claramente sobre el inmenso manto de verdura que se prolongaba, al parecer, hasta confundirse con los horizontes de azul y grana.

« Al poco tiempo vimos también una elevada cúpula perdiéndose entre las nubes: era la soberbia cúpula de San Pedro; porque la masa blanca no era otra cosa que la ciudad eterna, la corte de los Césares, la Roma tan celebrada por los artistas y los poetas, la querida de Horacio y de Virgilio, la Roma del Imperio, de los cónsules y de los oradores. Sola, sin un arbusto que la acompañe, sin un cedro que la dé sombra, sin un ciprés que lllore sus desgracias, la ciudad augusta se levanta sobre aquella alfombra verde como un esqueleto que saliera de un desierto cementerio. Aquella yerbecilla inculta no hace mas que lamer su planta egregia, porque la tierra aun permanece como la dejó el arado de Cincinato, y con las huellas de la última yunta romana.

« Esos reinos vacíos, *inania regna*; esa tumba, de en medio de la cual parece levantarse Roma, para valernos de las palabras del vizconde de Chateaubriand, aumentan sin embargo la grandeza de la metrópoli del mundo cristiano; y la rodean de un sentimiento de ternura que conviene mejor que una cercanía risueña, y frondosa al espectáculo de Roma y de sus grandiosos recuerdos.

« ¡Salve, tierra fecunda en otros tiempos en fruto y fértil en conquistadores! Esclamamos con Virgilio. ¡Salve, campiña de Roma, donde con todo su orgullo descansa la nada de la criatura! ¡Salve, lugares famosos por sus grandes hombres, llenos de sublimes recuerdos y de

elocuentes lecciones! ¡La mano del tiempo va dispersando vuestros preciosos monumentos, destruyendo templo sobre templo, como dice Delille, y sepulcro sobre sepulcro!

« A la vista de tan sublime espectáculo, y poseídos de las mas melancólicas ideas, hojeamos algunas páginas de varios viajeros ilustres.

« Son las seis, esclamamos con uno de ellos; el tiempo es hermoso; recorren el horizonte algunas ligeras nubes, y esparcen sobre la escena muchas sombras vaporosas. Estamos pisando verdes colinas, brillantes con su rico esmaltado. Forman una cordillera de las montañas de los sabinos, que contienen como dentro de un cuadro la parte oriental del panorama que se extiende á nuestros piés. La luz forma infinitos juegos sobre los planos de ese cuadro admirable. Al norte está el Soractes, el Soractes de Claudio Loreneso, el Soractes de Ovidio y de Prospercio, el Soractes de todo hombre de mediana educación, y que tenga un alma capaz de sentir. Al oeste, las montañas azules de la Etruria limitan nuestra vista con su anfiteatro pintoresco. Al sur, el cielo y el mar se confunden detrás de una masa de nubes, montañas de oro y púrpura que parecen aglomeradas por una mano mágica. En medio de un inmenso estanque, que tal puede llamarse, segun es el efecto que hace, serpean las amarillas aguas del Tiber. La llanura, árida en toda su estension, semejante por las onduladas vertientes del terreno á un vasto lago agitado, está atravesada por largos acueductos que se estenden hasta mucha distancia: se dirá que son otros tantos puentes gigantes que conducen á la capital del mundo cristiano. ¡Qué solidez tan imponente! ¡Qué silencio de muerte! Los sepulcros que á uno y otro lado se descubren, indican las vías antiguas. De tiempo en tiempo una nube de polvo, enriquecida por los rayos del sol, anuncia el tránsito de una silla de posta de ingleses, ó el pesado carro (tirado por bueyes de afilados cuernos) de algun aldeano que se dirige á la ciudad. Unos tonos vagos de luz se estenden sobre estos objetos como si estuviesen cubiertos con trasparente velo. Todo ello parece que está nadando en una atmósfera de vapor. Pero el sol inunda ese brillante espectáculo con rayos de púrpura, y aumentase de repente la claridad, disipase la lejana niebla, y vese distintamente la cúpula de San Pedro, y la ciudad eterna edificada sobre siete colinas. Levántase San Pedro sobre el monte

2 DE MAYO DE 1832.

Vaticano, entre el Janículo y el Aventino: mas al norte está el monte Celio: se conoce por sus altos pinos, por sus vastas y sombrías cúpulas, que dan sombra á la villa de Mates; enfrente está el Capitolino, que corona la torre del Campidoglio: á la derecha el Quirinal, el Esquilino y el Viminal, que domina la basílica de Santa María la Mayor. Hé aquí esa Roma, hermosa por excelencia, *rerum pulcherrima Roma*, comarca que fué en otro tiempo la delicia de la tierra, y donde el arte y la naturaleza esparcieron sonriéndose sus tesoros sobre el suelo.

»Roma! Roma! gritamos con Menerbes, llenos del mas puro entusiasmo; ¡qué flujo y reflujo de pensamientos para nuestra alma, acostumbrada á la meditación! ¡Qué visiones sucesivas para una joven y ardiente fantasía, fecundada bajo el cielo de los trovadores! Roma! Pronunciamos esta palabra como si nos suscitase una idea infinita, como si realizase ya un mundo destruido, como si arrancase del seno del sepulcro las muchas víctimas que ha detenido la muerte. Entonces, siguiendo con ávida mirada el lento y suntuoso curso del Tiber, contemplamos sobre aquellas orillas desiertas los manes errantes y silenciosos de Horacio y de Virgilio; á Régulo saliendo por la puerta Flaminia para volver á la esclavitud impuesta por el honor; vimos desplegarse toda la grandeza de Roma, con su senado rey, con sus labriegos coronados de laureles, que volvían á coger el arado despues de haber encanecido en los campos de batalla. Durante toda nuestra existencia habíamos soñado con Roma, como con el cúmulo de todas las bellezas; nos habíamos familiarizado con sus nombres célebres, y habíamos hecho consistir toda nuestra felicidad en verla. A poco, una profunda melancolía se apoderó de nosotros. ¡Qué queda de tanta grandeza, de tanta gloria? ¡Qué ha sido de esos hombres tan famosos? Meteoro pasajero y efímero, la gloria de Roma ha desaparecido, se ha eclipsado. Sus grandes hombres han caído unos en pos de otros, como las hojas de otoño que arrebató el viento. ¡Sepulcros arruinados! ¡Huesos blancos! Hé aquí lo que de Roma queda en lo material; en la parte moral, los recuerdos; ¡nada mas que recuerdos! Estábamos como oprimidos por estas tristes reflexiones, cuando por un extraordinario movimiento nos lanzamos gritando fuera de nosotros mismos. ¡Capitolio de Roma! ¿Dónde está tu Júpiter?

»Creese, dice Chateaubriand, estar oyendo la maldición del Profeta: *Veniet tibi duo hæc in die una subito, sterilitas et viduitas*. Dos cosas caerán sobre tí á la vez: la esterilidad y la viudedad. A uno y otro lado se descubren vestigios de los caminos romanos, en parajes por donde no pasa nadie: algunas veredas, que desde lo lejos parecen sendas muy frecuentadas, no son mas que el álveo seco de unas ondas tempestuosas que han pasado, como pasó Roma. A menudo, en una vasta llanura, hemos creído encontrar ricas mieses; pero al acercarnos, vimos que unas yerbas secas nos habian engañado. Otras veces, debajo de algunos arbustos, se perciben los restos de una antigua cultura. No se ven pájaros, labradores, movimiento campestre ni aldeas, y no se oye siquiera el balido de una oveja. Aparecen algunos cortijos sobre los desiertos campos, pero las puertas y las ventanas están cerradas, y no salen de ellos humo, ruido, ni habitante alguno.

»Hé aquí las melancólicas reflexiones que oprimían nuestra cabeza, cuando el sonido de las cornetas y de los tambores nos dió á entender que la division española no podía cuidarse de estos recuerdos, y que pronto íbamos á continuar la marcha, despues de un ligero descanso que habíamos tomado. Entonces subimos corriendo la escalinata griega, á manera de antiguo anfiteatro, que da entrada al palacio de Barberini, con el objeto de consagrar á las curiosidades que encierra, los pocos instantes que ya podíamos permanecer en Palestrina.

»Al bajar á la ciudad dirigimos otra vez una mirada á Roma, y al recordar sus conquistas religiosas, sentimos que los poetas no hayan cantado con el mismo fuego que cantaron á sus dioses, la gloria de su apostolado y el triunfo de sus mártires.»

JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Entre los curiosos monumentos literarios que nos recuerdan los antiguos tiempos y los sucesos de los pasados héroes, escogemos hoy para presentar á nuestros lectores el muy preciado *Cronicon* titulado *Albeldense*, escrito en el siglo IX, porque fué el primero que apareció en España despues de la formación de la monarquía cristiana de Asturias, y el que corrió el tupido velo que envolvía la historia de los primeros dias de la gloriosa restauración nacional comenzada en Covadonga. El nombre con que se distingue esta notable escritura, procede de haberse encontrado inserta en un viejísimo códice del monasterio de Albelda (1), que se conserva hoy en la biblioteca del Escorial.

(1) Sancho-Abarca, rey de Navarra, lo fundó y dotó en 925 en la villa del mismo nombre, á dos leguas de Logroño. Hoy subsiste convertido en colegiata, y bajo su antigua advocación de San Martín.

Dos son los autores que tuvieron en ella parte: en cuanto al primero, aunque muchos designan á un cierto religioso de San Millán llamado Roman, y otros al presbítero toledano Dulcideo, se ignora su verdadero nombre, y solo por sus mismas palabras podemos colegir que escribía en los estados del rey D. Alfonso III, el Magno, y probablemente en Oviedo, siendo sin duda uno de los laboriosos monjes que en aquellos dias de sangrientas y continuadas guerras eran los únicos depositarios de las artes y las ciencias. El segundo autor, posterior en un siglo, que copió el *Cronicon* y lo adicionó con los hechos mas importantes ocurridos hasta su tiempo, es conocido: se llamaba Vijila, y era monje del monasterio de Albelda. Además de la sencillez y claridad que suele reinar en los escritos de aquellos retirados tiempos, son de notar en el *Cronicon Albeldense* las noticias curiosas que de geografía é historia general nos presenta como exordio. En cuanto al latín en que está redactado, es como el de todos los documentos de la época: rudo, corrompido y desaliñado. Nosotros hemos procurado hacer de él una traduccion todo lo literal posible, conservando los nombres propios anticuados y bárbaros que usa el cronista, puesto que de no hacerlo así despojaríamos de su originalidad á este interesante trabajo histórico.

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

CRONICON ALBELDENSE.

DESCRIPCION DE TODO EL MUNDO.

I.—Todo el Mundo está descrito, desde el tiempo de Julio César, por varones sapientísimos, como Nicodemo, Didimito, Teodoto y Policlito. En medir el Oriente se emplearon XXI años, II meses y VIII dias. En el Occidente XXVI años, III meses y XVII dias. En el Septentrion XXIX años, II meses y III dias. En el Mediodia XXII años, I mes y XXX dias.

II.—El Oriente tiene VIII Mares, VIII Islas, VII Montes, VII Provincias, LXXV Ciudades, XVII Rios, y XLV Naciones. El Occidente consta de VIII Mares, XIX Islas, XV Montes, XXVII Provincias, LXXV Ciudades, XVI Rios y XXV Naciones. En el Septentrion hay XII Mares, XXV Islas, XIII Montes, LVIII Ciudades, XVIII Rios, XXIX Naciones y XVII Provincias. En el Mediodia hay II Mares, XVII Islas, VI Montes, XIII Provincias, LXII Ciudades, VI Rios y XXIV Naciones. En tiempo de Julio Augusto se contaban en todo el Mundo XXX Mares, LXIX Islas, XLI Montes, LXIV Provincias, CCLXX Ciudades, LVII Rios y CXXIII Naciones.

DESCRIPCION DE SPANIA.

III.—Primeramente por Ibero, se llamó Iberia; despues por Ispalo, Spaña.—Tambien se dijo Hesperia por la estrella Occidental denominada Espero.—Su situación es entre Africa y Gallia: al Septentrion la cierran los Montes Pirineos, y por las demás partes está rodeada de Mares.—Es fecunda en todo género de frutos, y riquísima en toda especie de metales y piedras preciosas.—Tiene VI Provincias con Sedes Episcopales.—Los Rios de Spaña IV. El Betis corre CCCX millas, el Tagus corre DCII, el Minus CCCXIII, y el Iberus CCCIV.

DE LAS SIETE MARAVILLAS DEL MUNDO.

IV.—I el Capitolio de Roma. II el Faro de Alejandria. III el Belefonte de Esmirna. IV el Teatro de Heraclio. V el Coloso de Rodas. VI el Templo Quicio. VII Tetrapulum-Emetis, ó mejor dicho la Iglesia de Santa Sofia en Constantinopla.

DE LAS PROPIEDADES DE LAS NACIONES.

V.—I De los Griegos la sabiduría. II De los Godos la fuerza. III De los Caldeos el consejo. IV De los Romanos la soberbia. V De los Francos la fiereza. VI De los Bretones la ira. VII De los Escoceses la sensualidad. VIII De los Sajones la dureza. IX De los persas la codicia. X De los Judios la envidia. XI De los Etiopes la paz. XII De los Galos el comercio.

COSAS CÉLEBRES DE SPANIA.

VI.—Trigo floreal de Narbona.—Vino de Vilarz.—Higos de Biatia.—Trigo de los Campos-Godos.—Mulos de Hispali.—Caballos de Tierra de Moros.—Ostras de Mancario.—Lampreas de Tatiber.—Lanzas de Gallia.—Escanda de Asturias.—Miel de Galicia.—Disciplina y Ciencia de Toledo.—Estas eran las cosas principales en tiempo de los Godos.

DE LAS LETRAS.

VII.—Las letras A, E, I, O, U, se llaman vocales porque se emiten sin violencia y forman la voz por un impulso natural de las fauces. Son semivocales F, N, L, M, S, R, porque comienzan con la E vocal, y dejan un sonido suave.

Las letras B, C, D, T, P, Q, G, son mudas, porque no pueden pronunciarse sin el auxilio de las vocales.

COMIENZA EL ORDEN DE LOS AÑOS REFERIDO BREVEMENTE.

VIII.—Desde Adán hasta el diluvio, MMCCXLII.—Del diluvio á Abraham, DCCCCXLII años.—De Abraham á Moisés, DV.—De la salida de los Israelitas de Egipto, hasta su entrada en la tierra de Promisión, XL años.—Desde esta entrada hasta Saul, primer Rey de Israel, despues de los Jueces, CCCLVI.—Saul reinó XL años.—Desde David hasta que se dió principio á la construcción del Templo, XLIII años.—Desde la primera edificación del templo hasta la trasmigración de Babilonia, hubo Reyes por CCCCXLIII años.

El año LXX de la cautividad del Pueblo y desolación del Templo, fué éste restaurado por Zorobabel.—Desde la restauración del Templo hasta la Encarnación de Cristo, transcurrieron DXL años.

Dedúcese de lo espresado que todo el tiempo, desde Adán hasta la venida de Cristo, fué de VM.CXC.VIII.

De la Encarnación de N. S. Jesucristo al primer año del reinado del Príncipe Wambá, DCLXXII.

Del tiempo de Wambá hasta el nuestro, que es la Era DCCCCXXI, pasaron CCXI años.

De todo lo que ciertamente se colige, que todo el tiempo, desde el principio del Mundo hasta la Era presente, DCCCCXXI, y XVIII año del reinado de nuestro Príncipe Adefonso, hijo del glorioso rey Ordoño, fué de VMLXXXII años; y de la Encarnación del Señor hasta nosotros DCCCLXXXIII.

DE LAS SEIS EDADES DEL MUNDO.

IX.—Primera edad: de Adán hasta el diluvio, MMCCXLII años. Segunda edad: del diluvio hasta Abraham, DCCCCXLII años.

Tercera edad: de Abraham hasta David, DCCCCXLI años.

Cuarta edad: desde David hasta la trasmigración de Babilonia, CCCCXXXVI años.

Quinta edad: desde la trasmigración hasta Cristo y el Emperador Octaviano, en cuyo tiempo de la Virgen María y del Espíritu Santo nació Cristo.

Sesta edad: que empieza desde Cristo, tiene ahora, en la Era DCCCCXXI, DCCCLXXXIII años.—Cuanto sobre esto se pretenda saber, solo á Dios es conocido, para nosotros oculto, como lo dice el Señor en el Evangelio: «No es á vosotros conocer los tiempos, ni los momentos que el Padre conserva bajo su potestad.»

AVERIGUACION DE LAS MILLAS DE UNAS CIUDADES Á OTRAS.

X.—Desde Gadis hasta Córdoba CC millas.—De Córdoba á Toledo CCXX.—De Toledo á Cesaraugusta CCC.—De Cesaraugusta á Oseam LX millas.—De Oseam á Illerda LXXX millas.—De Illerda á Gersona L millas.—De Gersona á Gerunda CXXX millas.—De Gerunda á las fronteras XL millas.—De las fronteras á Ruscillon XX millas.—De Ruscillon á Narbona XL.—De Narbona á Biteris XV.—De Biteris á Neumasia LXXV.—De Neumasia á Avinion XXV millas.—De Avinion á Valencia CII millas.—De Valencia á Turnos CCL millas.—De Turnos á Mediolano CLXX.—De Mediolano á Roma CCCXVI.—De Roma á Thesalónica DCCCXLII.—De Thesalónica á Heráclea CCCXVI millas.—De Heráclea á Constantinopla CXXX millas.

Hacen III.M.CCLXXXI millas.

NOTICIA DE LOS OBISPOS Y SUS SEDES.

XI.—La Sede Real (1) la ocupa Hermenegildo.—Flaiano á Bracara, y sucedió á Lupo y á Recaredo.—Tudemiro tiene las de Dumio y Mendunieto.—Sisenando la de Iria en San Jacobo.—Naustio tiene la Sede en Coimbra.—Branderico en Lamego.—Sebastian en Auriense.—Justo en Portucale.—Alvaro en Velegie.—Felmiro en Oxima.—Mauro en Legion, y Ranulfo en Astorica.

Los referidos Prelados resplandecieron en la Iglesia por la protección del Rey.

También el Rey Adefonso, de que ya hemos hablado, se hizo esclarecido por todo el mundo; encumbrado al Solio, fué habil en la guerra, esclarecido para con los Asturianos, fuerte y valeroso con los

Vaseones, castigó á los Arabes y protegió á los Ciudadanos. A este Príncipe, favorecido por el Capitan Cristo, le fué concedida la sagrada victoria. Sea por siempre esclarecido, triunfe vencedor en el siglo, y resplandezca en el mismo cielo. Consagrémosle aquí este triunfo, ya que se le despojó allí del Reino. Amen.

COMIENZA EN LA SIGUIENTE CRÓNICA EL ORDEN DE LOS ROMANOS.

1. En Roma reinó primero Rómulo XXXVIII años. Este edificó á Roma.

Tito-Tatio, Rey de los Sabinos, V años.

Numa-Pompilio, XXXII años. Este fué el primero que ordenó el año en XII meses.

Tulo-Hostilio, XXXIII años. Este fué el primero que vistió la púrpura.

Anco-Marcio, reinó XXVIII años.

Tarquino-Prisco, reinó XXXVIII años. Este hizo el Capitolio.

Servio-Tulio, reinó XXXVIII años. Este fué el primero que estableció el censo.

Tarquino el Soberbio, reinó XXV años. Este fué espulsado del Reino porque lo mereció.

Hubo Cónsules por CCLXXVI años.

Los Decenviros I año.

Desde Rómulo y la fundación de Roma, hasta Cayo-Julio-César, DCXCVI años.

Primeramente Cayo-Julio-César gobernó IV años. Este peleó con Pompeyo por el Imperio.

En seguida comienza la edad VI.

2. Octaviano, reinó LVI años. En el XLII de su reinado nació Cristo. Este solo, gobernó á todo el Mundo.

Tiberio, hijo de Gaio, reinó XXIII años. En el XVIII fué crucificado N. S. Jesucristo. En tanto que Tiberio, por codicia, cautivaba á los Reyes que á él se acogían, muchas Naciones se apartaban del Imperio Romano.

Gaio-Caligula, reinó IV años. Fué avaro, cruel, y esclavo de la lujuria. Por este tiempo S. Mateo Apostol fué el primero que escribió el Evangelio en la Judea.

Claudio, reinó XIV años. En esta época vino á Roma S. Pedro Apóstol, y S. Marcos escribió su Evangelio en Alejandria.

Nerón, fué muy cruel, reinó XIV años, y se entregó á la lujuria. Pescaba con redes de oro. En este tiempo S. Pedro y S. Pablo fueron muertos: el uno en una cruz, y el otro por golpe de espada.

Vespasiano, reinó VIII años, XI meses y XXII dias; olvidó las injurias, y el II año de su reinado, Tito se apoderó de Jerusalem, donde perecieron de hambre y á filo de espada, once veces cien mil Judios, y cien mil fueron vendidos públicamente.

Tito, reinó II años. Fué afable, piadoso, y amado de los hombres.

Domiciano, hermano de Tito, reinó XVI años. Ensoberbecido mandó que le llamasen Dios, mató á los Senadores, y entabló la persecución contra los Cristianos. Durante su imperio fué el Apóstol S. Juan desterrado por cuatro meses á la isla de Patmos.

Nerva, varon moderado en su imperio, reinó I año. En su tiempo S. Juan Apóstol vino á Efeso: y recién llegado, y á instancias de los Obispos del Asia, publicó su Evangelio.

3. Trajano, reinó XIX años y VII meses. En este tiempo murió S. Juan Apóstol.

Adriano, reino XXI años. Este restauró á Jerusalem, y por su nombre se llamó Aelia.

Antonino el Piadoso, reinó XXII años. Fué muy clemente, y mereció el nombre de Padre de la Patria. Galeno, médico, oriundo de Pérgamo, florece en Roma.

Antonino el menor, reinó XVII años. Fué vencedor.

Commodo, reinó XIII años.

Helvio-Pertinaz, reinó contra su voluntad durante I año, y rebusó llamar esposa á Augusta.

Severo Pertinaz, reinó XVIII años. En este tiempo, Orígenes se instruyó en Alejandria.

Antonino Caracalla, hijo de Severo, reinó VII años. Fué libidinoso, y se casó con Nuberca.

Macrino, reinó I año. Nada hizo digno de memoria.

Aurelio Antonio, reinó III años. Fué muerto en una sublevación militar, porque lo merecía.

Alejandro, reinó XIII años. En este tiempo brilló Orígenes en Alejandria.

Maximiano reinó III años, persiguió á los cristianos.

4. Gordiano, reinó VII años. Murió por asechanzas de los suyos.

Filipo, reinó VII años. Este fué el primer emperador Cristiano, y su conversión tuvo lugar el año milésimo de la fundación de Roma.

Decio, reinó I año. Fué perseguidor de los Cristianos, y en su

(1) Esta era Oviedo.

tiempo floreció en Egipto S. Antonio Monge, el primer fundador de Monasterios.

Galo y su hijo Vilasiano, reinaron II años.

Valeriano con Galerio, reinó XV años. En esta época, S. Cipriano Obispo, recibe la corona del martirio.

Claudio, reinó dos años. Venció á los Godos que desolaban la Iliria y la Macedonia.

Aureliano, reinó VI años. Persigue á los Cristianos, le aprisiona el Rey de los Persas, y envejece y muere en la prision por el sentimiento que le causó su deshonra.

Tacito, reinó I año.

Probo, reinó VI años. Fué valiente en la guerra, y alcanzó esclamadas victorias.

Caro, reinó dos años, y herido de un rayo, pereció.

Diocleciano y Maximiano, reinaron XX años. Diocleciano persiguió á los Cristianos, y fué el primero que mandó que en el vestido y calzado se llevasen piedras preciosas, pues hasta allí los Príncipes usaban únicamente la púrpura. Habiendo ambos dejado el imperio, vivieron como particulares.

Galerio, reinó dos años.

5. Constantino, reinó XXX años. Habiéndose convertido al cristianismo, toleró á los Cristianos. Por esta época, Elena, su madre, encontró la Cruz del Señor. Mandó que se celebrase el Concilio Niceno como decimos en otro fôleo.

Constancio y Constante, reinaron XXXIII años. Constante, Arriano, y cruel por sus costumbres, persigue á los Cristianos. Su amigo Arrio, muere en Constantinopla. Brilla Hilario por su doctrina. Donato, que floreció en Roma en el arte de la gramática, muere allí por este tiempo. Antonio Monge, también murió entonces. Los huesos de los Santos Apóstoles Andrés y Lucas, se trasladan á Constantinopla.

6. Juliano, reinó II años. Primero clérigo, y luego Emperador; y Pagano, adoró los ídolos, prodigó el martirio á los Cristianos, y en odio de Cristo, mandó restaurar á los judíos el templo de Jerusalem; mas el Señor no lo permitió, y Juliano murió aseteado por los persas.

Joviano, reinó I año. Este, siendo Cristiano, rehusó tomar las riendas del gobierno, y solo accedió á los ruegos del ejército, cuando este se convirtió al cristianismo. Al punto, devolvió á los Cristianos sus libertades y privilegios, y mandó cerrar los templos de los ídolos.

Valentiniano y su hermano Valente, reinaron XIV años. Los Godos se dividen en dos porciones, mandadas por Atanarico y Fridijerno. Alarico se sobrepone; Fridijerno con el auxilio del Emperador Arriano, Valente, y por la influencia de este, abraza el arrianismo con todos sus Godos. Gofila, Obispo, les enseña el uso de las letras.

Graciano con su hermano Valentiniano, reinó VI años. Florecen Ambrosio, Obispo de Milan, y S. Martin, Obispo Turonense, señalándose este por sus milagros en las ciudades de la Galia.

7. Valentiniano con Teodosio, reinó VII años. Celébrase un sínodo en Constantinopla, compuesto de CL Obispos. El presbítero Gerónimo, florece en Belem, y en todo el mundo. La cabeza de S. Juan Bautista, es trasladada á Constantinopla, y enterrada á VII millas de la ciudad. Teodosio derriba el templo de los ídolos.

Teodosio con Arcadio, reinó III años. Por aquel tiempo, el Anacoreta Juan, brilló por sus milagros.

Arcadio con su hermano Honorio, reinó XIII años. En esta época, S. Agustin Obispo, resplandecía con la sabiduría de su doctrina, y Donato, Obispo de Epiro, se señalaba por sus virtudes. Este, mirando á un enorme dragon, y escupiéndole en la frente, lo mató; y ocho yuntas de bueyes, apenas podían arrastrarle á la hoguera en que se quemó. Por el mismo tiempo, los cuerpos de los Santos Profetas Habacuh y Micheas, son descubiertos por revelacion divina. Florece Teófilo. Los Godos acometen la Italia, y los Vándalos y los Alanos, las Galias.

8. Honorio con Teodosio menor, hijo de su hermano, reinaron XV años. Durante el imperio, los Godos se apoderaron de Roma, y los Vándalos, los Alanos y los Suevos, ocupan las Spanias. Celébrase en Cartago un concilio compuesto de CCXIV Obispos.

Cirilo, que lo era de Alejandria, se señala particularmente.

Teodosio el Menor, hijo de Arcadio, reinó XXVII años. Los Vándalos pasan desde España al Africa, y arruinan allí la fé católica con la impiedad arriana. Reúne en Efeso un concilio de Obispos contra Nestorio. Por el mismo tiempo, el diablo; apareciéndose en Creta á los judíos en figura de Moisés, les promete conducirlos por mar á pie enjuto á la tierra de promision, pero habiendo muerto muchos, se convirtieron otros al cristianismo.

9. Marciano, reinó VI años. Al principio de su reinado, se celebra un concilio en Calcedonia. Teodorico, Rey de los Godos, á la cabeza de un numeroso ejército, entra en Spania.

Leon Mayor, con Leon Menor, reinó XVI años.

Zenon, reinó XVII años. En aquel tiempo, y por revelacion de el mismo, se encontró el cuerpo de S. Bernabé Apóstol y el Evangelio de S. Mateo.

Anastasio, reinó XXVII años. En esta ocasion, Fulgencio Obispo, resplandeció por su sabiduría y doctrina. Nacen muchas herejias.

Justino Mayor, reinó VIII años. Partidario del Sínodo Calcedoniense, abjura la herejía de los Acéfalos.

10. Justiniano, reinó XXXIX años. Poniéndose al frente de los Obispos, partidarios del concilio de Calcedonia, condena la herejía de los Acéfalos. Los Vándalos son destruidos en Africa por el patricio romano Belisario. También Adila, Rey de los Ostrogodos, es vencido en Italia por Narses, patricio Romano. Atanagildo, tiraniza en Spania el imperio de Ajilano. Por el mismo tiempo, el cuerpo de S. Antonio Monge, encontrado por divina revelacion, es llevado á Alejandria y enterrado en la iglesia de S. Juan.

Justino Menor, reinó XI años. Este destruyó todo lo que se había hecho por los adversarios del concilio Calcedonense, y mandó que el pueblo cantase el salmo CL al tiempo del sacrificio de la misa. Entonces fué cuando los Armenios abrazaron la fé de Cristo, y floreció Martin, Obispo de Bracara, que por su prudencia convirtió á los Suevos de Galicia al catolicismo.

11. Tiberio, reinó VII años. Los Longobardos, arrojados de Roma, invaden la Italia. Los Godos, divididos en partidos por Hermenegildo, hijo del Rey Leovigildo, se destruyen y matan mutuamente.

Mauricio, reinó XXI años. Los Suevos son dominados y sometidos por Leovigildo, Rey de los Godos, y estos se convierten á la Fé Católica por medio del piadosísimo Recaredo su Rey. En aquel tiempo florece el esclarecido Leandro, Obispo Hispalense, que contribuyó á la conversion de la Nacion Goda.

Focas, reinó VIII años. Levantado Emperador por una sublevacion militar, dió muerte á Mauricio Augusto, y á muchos nobles. También los Persas movieron grandes guerras á la República, y vencieron á los Romanos.

12. Heraclio, reinó XXVII años. Los Esclavones entregaron á los Romanos la Grecia, y los Persas la Siria y el Egipto. En Spania, Sisebuto, Rey de los Godos, se apoderó de varias ciudades que aun poseía el ejército Romano, y convirtió á la Fé de Cristo á sus vasallos judíos. También fundó en Toledo una admirable iglesia dedicada á Santa Leocadia. Despues, el Principe Suintila, acabó de arrojar del Reino á los Romanos; y con una pequeña victoria, se enseñoreó de toda Spania. También durante el Imperio de Heraclio, tuvieron por Reyes los Godos á Suintila y Chintila.

Constantino, reinó IX años. En su tiempo reinaron en Spania por IX años también, Tulga y Chindasvinto, uno en pos de otro.

13. Constante, reinó XX años. Entonces, Recesvinto, gobernó en Spania por espacio de XX años, y les sobrevivió III.

Constantino el Joven, reinó XVI años. El ya nombrado Recesvinto, III años. Wamba, IX años. Hervigio V, y sobrevivió II años y XV dias.

Justiniano, reinó XI años. El ya nombrado Hervigio II. Ejica IX, y sobrevivió VI.

Leon, reinó VII años. Ejica ocupó el trono de Spania VI. Despues de él, su hijo Witiza I.

Tiberio, reinó VIII años durante el gobierno de Witiza.

Roderico, reinó III. En aquel tiempo, los Sarracenos se apoderaron de Spania, y exterminaron á los Godos deste Reino en la Era DCCLII.

(Continuará.)

EL PUENTE CESURES.

Un distinguido pintor español contemporáneo, el Poussin de las ruinas, con cuya amistad nos honramos, nos dirigia á mediados del año pasado las siguientes líneas, escritas con el estilo familiar de la confianza:—«El día que comprendan en Galicia lo mucho que valen sus hermosos bosques, rios y praderas; el día que se cubra el suelo de fábricas y de ingenios; el día en fin en que arrojen á todos sus escribanos, quemen sus foros y digan: *adelante Galicia*, me atrevo á asegurar que ninguna region de Europa tiene elementos mas favorables para el desarrollo de una colosal riqueza... Galicia empieza á ser conocida; ya se emprenden viajes para verla, y sino fuera por sus malas posadas, caminos é insectos, sería el punto de reunion de la buena y rica sociedad de España. Asturias es mas prodigiosa que la Suiza; Galicia es mas graciosa que l' Abergne.»

En verdad Galicia es el país de las montañas severas, de las vertientes apacibles, de los saltos espumosos de agua, de los tajos gigantescos, de los remansos tranquilos, de los valles serenos, de los bosques seculares, de las decoraciones sorprendentes y de los rios caprichosos; país de una poesia intima y meditabunda, país de una pródiga naturaleza, donde el arte no establece la competencia de sus líneas arquitectónicas con los rasgos espontáneos de una vegetacion exuberante. En el fondo

de un precipicio árido y descarnado se agita en el agua una mezquina choza ennegrecida por la lluvia, que suelta por su ancho cauce una blanca polvareda, como el delphin acosado arroja por sus fauces la espuma del mar; es el molino de la comarca, cuyos moradores cruzan á media noche un mezquino puente de tablas desiguales que los sostiene sobre una bulliciosa cascada. En la nebulosa línea del horizonte, la llama voraz y devoradora de una *estivada*, escala á la caída de la tarde, como una serpiente de fuego, la escabrosa cumbre de una montaña, recogiendo la luna su luz tibia y melancólica sobre el reflejo de este humoso incendio. En el apartado lago formado por las aguas que caen de las saladuras abiertas por la intemperie en las entrañas calcáreas de una eminencia, apagan su sed los lobos de las sierras y los buitres de las ruinas. A orillas de los rios, en medio de la espesura de los bosques, sobre las cristalizaciones seculares de los castros, se conservan los escombros de castillos señoriales, deshechos sus muros, quebradas sus torres, desportillados sus cubos, abiertas sus paredes y francas sus bar-

bacanas para las fábulas y los cuentos. El misterio es la leyenda del vulgo. Sombras fatídicas discurren á media noche por los subterráneos de las antiguas fortalezas. Donde no se teme el *sábado* de las brujas, se espía la salida de los *moros* que llevan sus caballos á beber en la fuente rústica ó en el remanso murmurador. Las quiebras de las montañas y las *sabanas* de los valles improvisan grutas silvestres, chozas primitivas, alquerías misteriosas, florestas poéticas, paisajes melancólicos, panoramas inesperados, horizontes multiplicados, islotes floridos, balsas naturales, ecos ruidosos, murmullos apacibles, auroras nebulosas, ocasos deslumbradores... La poesía de una naturaleza espontánea y caprichosa.

El arte ha aprovechado los valles y las sierras para sus ermitas, sus casas solariegas, sus calzadas y sus puentes. Si buscáis la huella titánica del imperio romano, el *Monte-Furado* os deja registrar sus cavidades sombrías, humedecidas por el rio Sil, ó los *codos de Larouco* os presentan sus escarpadas cimas escaladas por la palanca del legionario



(Puente de Cesures.—Galicia.)

conquistador. Si deseais sorprender los sacudimientos hercúleos de las rocas heridas por el rayo y removidas por la tempestad, el *paso de San Juan da Coca* entrega á la intemperie el asiento granítico de sus rocas ó la *cascada del Loja* remueve el glúten de las peñas, haciendo los escombros de los aluviones en las grietas de una montaña, como las gárgolas naturales de este *salto de aguas*. Si vuestra poética imaginación busca las inspiraciones de la naturaleza pródiga y floreciente, los valles de *Ouro*, *Lerez*, *Mariñas* y *Ulla-baja* presentan sus emparrados tendidos al sol, sus frutos abigarrados, sus espalleres espontáneos, sus perfiles umbrios, sus arroyos murmuradores

.....
sobre el cascaval bullendo
.....

(JUAN DE LA ENCINA.)

Y sus mieses doradas; embellecidos por las canciones del aldeano, los ecos de la romería, el gorjeo de los pájaros, el susurro de los insectos y las corrientes del agua, en cuyas líneas dulcemente murmuradoras se escarcha la luna en blancas y menudas perlas. Si vuestro ingenio, estimulado por los recuerdos de la historia, vuelve á la edad media, á los siglos de la verdadera fé en las obras del artista y en las conquistas del guerrero, y evoca el entusiasmo popular en sus correrías caballerescas y sus cruzadas fronterizas, las catedrales de *Santiago*, *Orense* y *Mondedo*; las ruinas de *Sobrado*, *Dumio* y *Celanova*; las ermitas restauradas de la *Coruña* y *Pontevedra*, y los castillos señoriales de *Altamira*, *Sandinas* y *Andrade*, agrupan en vuestro derredor la rogativa pública, la austeridad monástica, la devoción espontánea y el cortejo marcial. Si interrogáis á lo pasado, la civilización de esta comarca, distinguiendo en su suelo las huellas de los pueblos conquistadores y proscriptos, encontrareis la sociedad celta en los castros, la sociedad normanda y árabe en las ruinas de las *torres de Oeste* y en las reconstrucciones de la metrópoli compostelana, la sociedad romana en el mosaico del an-

tiguo *convento-jurídico* de Galicia y en los puentes de *Lugo*, *Orense* y *Cesures*, respetados por los siglos; la sociedad judía en su antiguo cementerio de *Altariz*, y en la tradición de sus sederías en *Monforte* y la sociedad completamente española, en el hospital de *Santiago* y en la *palloza de la Coruña*.

En la presente ocasión fijaremos nuestra planta sobre los restos de la dominación romana y presentaremos á nuestros lectores la descripción del remoto *Pons Cesaris*, cuya vista estampamos al frente de este artículo.

A una milla de *Padron*, en la carretera de *Santiago* á *Pontevedra*, se encuentra el puente *Cesures*, que ha dado nombre á algunas casas y factorías construidas cerca de sus pilares. La fundación de este monumento romano es contemporánea de la *vía militar* de *Braga* á *Astorga*, por la costa, que empezaba en *Aquis Colonis* (Faon), y llegaba hasta *Interannio* (Bembibre). Entre *Vico Sptorum* (Vigo) y *Glandimiro* (Cantomir), se reconocía el marco de *Ad duos pontes* (según algunos geógrafos, el puente *San Payo*), donde se consignaba implícitamente la localidad del puente de *Cesures*. Su advocación es el comprobante irrecusable de su antigüedad: al perpetuar la época de su fábrica, ha transmitido á la posteridad una página arquitectónica de la dominación romana en Galicia. El puente *Cesures* de nuestros días es el antiguo *pons Cesaris*, cuyo título fué adulterado por el latín inculco de las crónicas de la edad media, y españolizado por las generaciones venideras. El *pons Cesaris* del imperio romano ha sido el *pons de Cessuris* de los siglos X y XI, y el puente *Cesures* de nuestros tiempos.

En Galicia aun se conservan los nombres de algunos pueblos de escaso vecindario, como la revelación auténtica de la dominación imperial. La administración y gobierno de los Césares no solo se encuentra en las obras monumentales, sino tambien en las apartadas localidades de las montañas y de los valles. En la provincia de *Lugo* existen, la aldea de *César*, en la parroquia de *Cortopezas*, la feligresía de *San Salvador de César* y la aldea de *César de Seta*, en la jurisdicción de *Camba*. En la provincia de la *Coruña* se descubren las feligresías de *San An-*

drés de César, San Clemente de César y Santa María de César, situadas en la margen izquierda del río Tambre.

En la *Historia Compostellana*, escrita en el siglo XI (1), se hace mención del puente Cesares, cerca del cual se habían construido las torres de Oeste para la defensa del territorio. Al mencionar la entrevista habida entre el arzobispo de Santiago D. Diego Gelmírez y el conde D. Fernando, fija el lugar de este reconocimiento en los términos siguientes: *ad ulice fluminis PORTUM qui de Cessuris appellatur*. El padre Florez explica por medio de esta advertencia el verdadero sentido de las palabras citadas: *Pontem lege de Cessuris qui etiam hodie nomen retinet super ulla ad Iriam*. Si lo que ha tomado por una equivocación el erudito agustino, ha podido ser una verdad; si el puente Cesures ha dado nombre á un embarcadero de numerosa concurrencia, la apreciación imparcial de su localidad y la investigación arqueológica y topográfica de sus alrededores determinarán la importancia del puerto marítimo de la edad media. En nuestros días aproxima las importaciones extranjeras, sostiene el tráfico interior con Carril y Villagarcía, y pone en circulación los cereales de la provincia. Las mareas vivas de la ría de Arosa, que elevan las tranquilas aguas del Ulla, suben hasta el puente Cesures, y los galeones mercantes cruzan su agitada corriente, cargados de géneros coloniales, de artefactos ingleses y franceses, de elaboraciones provinciales y de productos agrícolas del país. El puente Cesures es el muelle del comercio de Santiago: los armadores de Carril y Villagarcía sostienen el tráfico interior, por medio de la conducción realizada favorablemente en las aguas del río Ulla (2). Las proverbiales esportaciones de ganado vacuno para Inglaterra, así como de maíz para Irlanda, han buscado este mercado como necesario y conveniente para las transacciones comerciales. Las antiguas factorías, cuyos edificios conservan sus nombres, consagradas ahora á las condiciones del arriendo particular, revelan las proporciones favorables de la importación y esportación celebradas en el puente Cesures.

Su situación topográfica es conveniente al comercio interior de Galicia. Colocado entre Carril y Padron, acelera los cambios, y empalmado en la carretera general que describe una intersección de Vigo á la Coruña, sirve de puerto á las transacciones de Santiago. En la actualidad no se construyen *vías militares* para las conquistas, sino *carreteras provinciales* para la circulación de los intereses materiales. Las conquistas se hacen por medio de tratados, ó se sostienen por medio de alianzas: los intereses materiales, acostumbrados á los convoyes y máquinas de presión, se amontonan en los estrechos surcos formados por las llantas de los carros de transporte. De esta suerte el remoto *pons Cesaris*, el antiguo *pons de Cessuris* no es apreciado como una antigüedad histórica ó un recuerdo monumental: es un almacén, un martillo, un mercado. En la edad media, el arzobispo de Santiago dejaba caer las cadenas señoriales sobre las aguas del Ulla; era mas bien la posesión de un feudo que la imposición de un portazgo. Entonces las carabelas de los pescadores vendían mariscos y barbos. En nuestros días la administración pública ha trasladado la aduana de Villagarcía al puente Cesures, para facilitar las guías comerciales á la conducción interior. Los galeones de los marineros transportan los fletes de farderia, quinalla, fundición y peletería.

El puente Cesures presenta un paisaje ameno y pintoresco. No le anuncian espaciosos andenes y sólidos machones. El río Ulla atraviesa sus arcos lentamente, apercibido de las avenidas del invierno, que desata sus hirvientes aguas sobre la campiña, fecundada con las algas marítimas arrastradas por la corriente. No eleva sus petriles, y ensancha sus arcos para repeler las mareas vivas de la ría. Es el puente de un río de reposada corriente, que anuncia en señaladas horas su consorcio con las aguas del mar. Es el lindero de la agua dulce y de la agua salada. El viajero divisa á la izquierda los grupos de lavanderas y los botes encallados en el limo, y á la derecha presencia el atalaje de los galeones envejecidos en el transporte. A un lado, el susurro de los árboles, el eco de las canciones y el son monótono de las madejas de lino sacudidas sobre las piedras para el blanqueo; al otro lado, los gritos de los pescadores, las rivalidades de los marineros, el rudo crujir de las velas latinas, y el acompasado movimiento de los remos, que se asemejan en lontananza á las alas gigantescas de un monstruo marino. La antigüedad se rejuvenece con la concurrencia, y el comercio no ha podido alcanzar mas bella y poética perspectiva para sus transacciones mercantiles.

El puente Cesures, que ocupa de este á oeste una extensión de 310 pies, presenta trece arcos mayores y menores, cegados en invierno por la

violenta respiración de las avenidas. Sobre el nivel del río Ulla se eleva 21 pies, y ofrece al viajero la latitud de 12 pies.

El anticuario no encuentra en este monumento arqueológico la lápida votiva, ó la inscripción pretoriana. Las reconstrucciones arquitectónicas habrán emparedado sus líneas, ó los años habrán gastado sus letras. La tradición conserva su nombre como el recuerdo de una fundación imperial. Su antigüedad está justificada por su advocación. El *pons Cesaris* de los romanos habrá cambiado sus hileras de piedra y renovado sus cimientos de argamasa: en cambio ha conservado su localidad y transmitido su nombre, como el lindero de una civilización omnipotente.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Santiago 14 Enero 1852.

LA ALAMEDA DEL PEREJIL,

NOVELA GADITANA.

CAPÍTULO II.

EL PRIMER FAVOR.

«¿Qué de medias noches
Canté en mi instrumento:
«Socorre, señora,
Con agua mi fuego!»
Donde si tú no
Socorriste luego,
Socorrió el vecino
Con algún caldero.

(Góngora.)

Mientras esto pasaba en la Alameda del Perejil, venían por el campo adelante, y en ademán de cuidarse muy poco de aquel paseo y aun de todos los del mundo, dos caballeros punto mas que sesentones, cuya apariencia revelaba á primera vista que el que mas y el que menos de ellos dejaba en casa un bien provisto arcon y un buen perro de presa que se lo guardase. Vestían largas casacas redondas, cuyos anchos faldones abanicaban dulcemente entrambos tobillos; largas chupas de seda cubrían sus fornidos y abultados vientres, que á la legua mostraban no estar criados con el flatulento frijol ni con la leve espinaca: holgado y auto zapato, sobre el que se elevaba una apelmazada hebilla, no menor que un pavés moruno; empolvada peluca con cañones á babor y estribor, y encima de ella un desmantelado sombrero de tres picos. Llevaban además en las manos larguísimas cañas de Indias de dos cuerpos, con su regatón de á terciá y su puño de oro de á medio palmo; en suma, ellos eran el perfecto *fac simile* de los comerciantes de aquella época. El paso era grave y pausado, lo que unido á las frecuentes paradas que hacían para hacer corro y estrechar mas y mas el círculo de su conversacion, ocasionaron el que hasta mucho rato despues de haber terminado la ruidosa escena de que se habló en el anterior capítulo, no llegasen nuestros interlocutores al punto objetivo de su cotidiano paseo, el cual no era otro sino el sitio conocido con el nombre de *Los cueros*; porque, en efecto, allí se hallaban muchos de ellos colocados en ordenadas pilas, y dejando entre unas y otras regulares calles que servían de solaz á las personas que hablamos, preferían la vista y el olor de un género colonial, á la improductiva fragancia y á la estéril belleza del mejor jardín de Aranjuez.

Llegados que fueron al predilecto lugar, que como se sabe era el mismo en que años despues se edificó la hundida plaza de los toros, uno de los caballeros, volviendo sin duda á anudar alguna anterior conversacion, comenzó de esta manera:

—Convengamos, amigo D. Braulio, en que los jóvenes del día son unos verdaderos pillos, sin pizca de temor de Dios, y que así se cuidan de tomar el buen ejemplo de sus padres, como yo me cuido del gran turco. Vea V. ahí el escándalo que hemos presenciado al pasar junto á esa alameda nueva, y que tan caro pudo costar á uno de ellos, segun nos dijeron allí, pues el perillan había desaparecido cuando llegó la guardia del cuartel de la Bomba, y solo vimos conducir al vivac por los soldados al otro maton de las patillas y de la navaja guadijeña.

—Solo una cosa puede sentirse en todo eso, contestó D. Braulio, y es que el otro tuno de la quimera no haya ido tambien á dormir á la cárcel; pues aunque ya nosotros no alcanzamos á verle á causa de sus buenos pies, es de presumir que seria otro que tal. Vaya, ¡alborotar así un paseo público! ¡Ah, si yo fuera gobernador!

—Supongo, replicó D. Canuto, que todo ello habrá sido por alguna mozueta de estas de moños y arrumacos; y hé aquí, amigo mio, por lo que me lleva el diablo. ¡Pelearse por una muger, que es el género de mas merma y avería que tiene el comercio!...

—Peste en todas ellas, interrumpió el otro con destemplada aspe-reza: V. sabe, D. Canuto, que tengo un hijo ya mozueto, á quien he criado poniendo en práctica nuestro antiguo adagio, que dice: «Quien bien te quiera te hará llorar:» pues bien (continuó blandiendo la caña

(1) Lib. I, esp. LV, pág. 119.—Edic. de la *Esp. Sag.* del P. Florez.

(2) En el primer semestre de 1851 se han esportado en el puerto de Carril 89,063 fanegas de maíz en cuatro bergantines ingleses, uno español, quince goletas inglesas y dos queches del mismo reino, las que unidas á mas de 11,000 conducidas á las provincias meridionales de España, completan el total de 70,065 fanegas. La aduana del Carril ha producido en el primer trimestre del mismo año, la cantidad de 137,789 rs. y 29 mrs., en la que se cuentan 3,356 rs. por derecho de navegación á los buques de esportacion.

y franciendo su poblado entrecejo sobre su cara de vinagre), si este hijo me anduviese en esos picos pardos; si Pepito (pues con efecto Don Braulio era su padre), se atreviese á enamorar esas mozuelas petime-tras y á dar escándalos como el de esta tarde, por Dios que no me ha-bía de contentar con romperle el baston en las costillas, sino que tam-bien le había de echar la casaca del rey, y ya no tenía que acordarse en su vida de que tenía padre; y cuenta que esto mismo se lo digo á él todos los días.

Después de una breve pausa, que serenó algun tanto su rostro na-turalmente áspero y desabrido, prosiguió en estos términos:

—V. me dirá que yo también me casé; pero la cuestion no es la misma por cierto. Habia yo ya cumplido mis cuarenta y tantos del pico, cuando el padre de mi difunta, que era corresponsal mio, me propuso esta boda: tomé á mi muger al precio de factura, y ella no fué en mi casa sino un zurrón de añil mas, cuya partida senté en mi libro maestro, llevándole su cuenta corriente hasta del agua del alji-be que bebía al año. Dios se la llevó antes del segundo, y la sentí por-que casualmente era buena; pero no por eso le dejé de hacer su balan-ce, y de ello saqué con la pluma en la mano, y después de tirar mi cuenta de compañía, que yo había hecho bien en casarme. Hé aquí, amigo mio, cómo se deben hacer las bodas; pero esto de casarse un muchachuelo sin barbas por esa necesidad que dicen que se llama amor, esto es lo que no he entendido en mi vida, y cuando á mi fecha no lo entiendo, probable es que tampoco lo llegue á comprender nunca.

En esto apareció entre ambos un tercer interlocutor: era este el mismo Pepito, que para asegurarse completamente y desvanecer las sospechas que su padre hubiese concebido acerca de su participacion en el ruidoso lance de la alameda, vino á buscarle á su favorito paseo. Según la costumbre de aquella época, pidió humildemente el joven la mano á su padre, y este se la alargó con un prolongado gruñido, que en él no era manifestacion hostil, y si un efecto de su acre condicion, y del principio de terror, bajo el cual hemos visto que criaba á su hijo: gruñido, por mas señas, felizmente interpretado por este; pues cono-cia muy bien que á haber tenido la mas leve idea del negocio, no hu-biera sido la mano, sino el regaton de su caña de Indias lo que le hubiera dado á besar. Rezáronse devotamente y en coro las oraciones en latin, porque con efecto tocaba á ellas la iglesia del Hospital, y en seguida se dirigieron todos juntos hácia las respectivas casas, que-dando primero en la suya D. Canuto, y llegando finalmente padre é hijo á empuñar á poco tiempo el grueso aldabon de su guardada puerta.

De lo dicho habrán podido colegir mis lectores el raro humor de nuestro D. Braulio; hombre esclusivamente mercantil, ageno é inca-paz de pasiones tiernas, y por lo tanto acérrimo enemigo de todo lo que era menos positivo que sus talegos, hubiera sacrificado cien veces y de la mayor fé del mundo, la felicidad y el porvenir de su hijo único, á imaginar siquiera que otros pensamientos que no fuesen los del es-critorio y el tanto por ciento bullian en la cabeza de un joven de veinte años. Tenaz y áspero por carácter, era tan conocido en el co-mercio por la responsabilidad de su firma como por su endiablado ge-nio. Por otra parte, sus negocios eran vastos y mucha su riqueza; de forma que á haber vivido en este siglo de nueva nomenclatura, hu-biese sido considerado como una *notabilidad* del cacao y del añil. Júz-guese pues si con datos de esta especie estuvo en su lugar el terror pánico que se apoderó de nuestro D. Pepito, al ver cerca de sí á su padre, en el momento en que iba á descargar el brazo sobre su agre-sor; y considérese si teniendo que luchar con un carácter tal y en unos tiempos en que la autoridad paterna era tan omnipotente como acata-da, tuvo razon nuestro héroe de preferir una honrosa fuga, al rancho del cuartel y al casacaon blanco de soldado, con que, á guisa de sam-banito, lo amenazaba el viejo cada hora, amen de la paliza; y lo que es peor, con propósito firme de llevar á cabo ambas cosas mucho me-jor que lo decía.

Los enamorados son muy dados á soliloquios: así fué que no bien se halló solo en su cuarto el triste mancebo, cuando comenzó á discurrir consigo mismo de esta manera.

«Bien mirado, yo me tengo la culpa de que Rosita no haga alto si-quiera en mis miradas tiernas y en mi infructuosa persecucion; porque dicho está que á quien no habla, Dios no le oye, y apuesto que ese ani-mal de D. Currito no lo habrá sido tanto como yo, y que á estas horas le llevará dadas sus serenatas de estilo; y hé allí una buena ocasion para darse á conocer, y para entablar por la reja aquellos dulces ratos de sa-brosa plática que serian el colmo de mi felicidad. Por lo menos así se hacen méritos, cosa que tanto agrada á las mugeres, y así se las lison-jea; pues ¿cuál de ellas no gusta de verse celebrada, y de que las mu-ches los suspiros de un amante y las alabanzas de su hermosa?... Por otra parte, forzoso es confesar que la ocasion se me ha venido á las ma-nos. Ese soez de mi rival ha sido conducido á la cárcel por habérsele ha-llado en la mano un arma prohibida: es decir, que por ahora no tengo quien me inquiete en mi proyecto.»

—Meditó en seguida un poco, y dando en fin una palmada de ale-gria, exclamó:

—Bien pensado! Esta noche cantaré á la guitarra bajo sus rejas una cancion que para estos casos tengo prevenida: me oye: baja á la ventana, y... ¡soy el mas feliz de los hombres!

(Continuará.)

FRANCISCO FLORES ARENAS.

LA CASA DEL AHORCADO.

TRADICION.

(Conclusion.)

—Detente, gritó Elvira, detente!

—Una palabra no mas: niégame tu secreto otra vez, y me verás en poder de mis enemigos.

—Todo lo sabrás, contestó la joven cayendo medio desmayada en un sillón.

—Habla.

—Me arrebataron á la fuerza... Me trajeron aquí... Yo mostré á Don Rodrigo esa ventana como el único puerto capaz de salvarme de sus odiosas tentativas... El se reía de un modo extraño, y su mirada infernal me aterraba.

—Continúa, Elvira: me estoy ahogando de impaciencia.

—En fin, dijo esta cubierta de rubor y con voz que apenas se en-tendía: devorada por la sed, bebí un vaso de agua que estaba á mi la-do... caí sin saber cómo en un sueño profundo, y D. Rodrigo... el mi-serable! pasó la noche en el castillo.

Mira D. Pedro con ojos espantados á la cautiva, y su mirada la in-terroga todavia, porque su razon se niega á comprender lo que acaba de oír.

—Huye, continúa Elvira: por el recuerdo de nuestro puro amor te lo suplico: dentro de un momento pueden venir... Ay! qué sería de mí si te encontrasen! Huye: déjame aquí morir sola... No quiero que el mun-do me vea después del horrible suceso que cubre de rubor mi frente... No puedo aceptar tus juramentos: ya la pobre Elvira es indigna de tí... Si, pronto la muerte me librará del peso de la vida! ¿para qué quiero una vida que no puede ser tuya?

Hace Elvira á su amante una señal de despedida, y no pudiendo sufrir mas la fuerza de su dolor, cae sin sentido ante D. Pedro, que la contempla con la mirada fija y los puños crispados por la cólera; mas tomando de pronto una resolucion: ¡Hay un Dios en el cielo y una jus-ticia en la tierra! murmura con ahogado acento: yo rogaré á Dios é invocaré esa justicia.

Dice, y tomando á Elvira en sus brazos, desciende con ella por la escala.

IV.

Ocho días después de los sucesos referidos en el capitulo anterior, se halla D. Rodrigo en un suntuoso aposento de su casa de Ubeda, acompañado tan solo de uno de sus mas intimos confidentes.

Está triste, pensativo, y brillan sus ojos con un fuego mas sinies-tro que de ordinario. Algunas veces, sin saber él mismo por qué, se estremece y mira espantado en derredor, cual si temiese la aparicion de su mas mortal enemigo.

—Sancho, dice con voz ronca; nadie viene! ¿Qué se han hecho los caballeros que á todas horas me acompañaban? Huyen de mí acaso? ¿Tanto habrán influido en sus ánimos los últimos sucesos, que se apartan desdeñosos del que hasta ahora miraran como jefe?

—Señor, me permitis que os diga la verdad?

—Habla.

—La ciudad está consternada: el rapto de Elvira se ha hecho pú-blico, y las gentes os miran con horror: dicen que se avergüenzan de que en la ciudad se haya cometido tan odioso crimen, y maldicen á su autor.

—¿Serán tan imbéciles que se atrevan á desafiar mi cólera?

—Lo temo, señor, porque todos los hidalgos y caballeros dicen, que por haber vos provocado la cólera de Pero Gil, han perdido sus títulos de nobleza y los que aseguraban la posesion de sus heredamientos. Sus quejas aumentan el descontento de la ciudad, y ya se habla de mandar á Jaen un mensajero...

—¿Cómo! ¿tratarían de ponerse en manos del rey D. Pedro?

—Eso pretenden.

—Por Santiago, que es mucha audacia en los hidalgos el pensar lo siquiera! Poco conocen á D. Rodrigo de Chaves, si creen que mientras viva ha de tremolar en estas torres otro pendon que el de D. Enrique! No es ese á fe mia el peligro que amenaza á la ciudad: ha sido imposi-ble descubrir al traidor que abrió las puertas á las gentes de La Torre:

ese podrá hacerlo de nuevo, y no sé entonces cuáles serán las consecuencias. Los sucesos me han hecho ver que Pero Gil, á quien yo despreciaba, es mucho mas importante de lo que yo creía. Elvira se ha escapado, y nadie puede haberla dado libertad sino ese audaz mancebo... Oh si hubiera podido encontrarles! pero todas mis diligencias han sido vanas: y á ti solo, Sancho, lo confesare: temo su venganza.

Oyese en el corredor un ruido de pasos precipitados: ábrese con estrépito la puerta del salon, y se lanzan dentro cuatro ó cinco, embozados hasta los ojos; pero debajo de las capas se dibujan largas espadas, y crujen al andar las aceras cotas. Una muger cubierta con un velo se oculta entre ellos, y detrás de todos, relumbran las armas de los soldados que llenan la estensa galería.

Don Rodrigo mira sorprendido á los recién llegados, y un vago estremecimiento le agita, pues aunque no ha conocido á nadie, su instinto le dice que se halla cerca de su mas mortal enemigo, y que este es mas poderoso.

Recobra sin embargo su audacia, y volviendo á tomar el altanero continente que le es habitual:

—¿Qué me queréis? esclama: quiénes sois vosotros que teneis la osadía de invadir mi casa? Salid, salid al momento, ó á una señal mía, armados los habitantes de esta ciudad, os harán conocer á cuánto se espone el que provoca mi venganza.

Nada contestan los embozados; pero saliendo uno de ellos del grupo, se adelanta hácia D. Rodrigo y se descubre en silencio. Chaves le mira, palidece, y por un movimiento maquinal descubre su cabeza, murmurando con acento sumiso:

—Perdonad, señor, no os había conocido.

—Oh! no me conoces lo bastante, le contesta su misterioso interlocutor: dentro de poco sabrás positivamente quién soy.

—Señor!...

—¿Cómo ahora tan humilde el fiero partidario del Bastardo? Pero no se trata de eso. Acercaos, Pero Gil, y decid vuestra queja; ha llegado el momento de la justicia.

—Señor, dice D. Pedro, mientras su rival con la boca entreabierta y lívido el rostro de espanto y de cólera, se encuentra en la situación de un hombre presa de horrible pesadilla: yo amaba á una jóven, ó por mejor decir á un ángel; jamás cruzó por mi mente un pensamiento que pudiese manchar su virginal pureza; dentro de pocos dias iba á darme mi nombre y mi fé al pie de los altares... Pues bien, señor; D. Rodrigo de Chaves la vió; concibió por ella una pasión violenta; la arrebató una noche del lado de su madre, y con el auxilio de un narcótico triunfó de la triste víctima, que le amenazara con arrojarle á los fosos del castillo, antes que acceder á la deshonra que le proponía...

—Mentís! exclamó D. Rodrigo: ¿dónde están las pruebas de lo que acabais de decir?

Pero Gil llevó la mano á la guarnición de su espada; pero se contuvo á una seña del que parecia su jefe. Este atravesó el grupo que tenia á su espalda, y un momento despues volvió á aparecer llevando á Elvira por la mano.

—No querías pruebas? dice á D. Rodrigo: será esta suficiente?

Retrocede Chaves espantado, y bajando los ojos tartamudea algunas palabras de disculpa.

—Nada encontrarás que pueda reparar el mal que has hecho; le dijo el que se había convertido en su juez.

—Señor, disponed de mí: estoy pronto á obedeceros.

—Pues bien: el honor de esta jóven ha sido ultrajado; le debes una reparación que el mundo exige: esta noche le darás la mano.

—Estoy pronto á obedeceros, dijo D. Rodrigo respirando mas tranquilo al verse libre tan á poca costa.

—Señor, exclamó D. Pedro con voz suplicante: os olvidais de mí! no sabeis que la amo con toda mi alma?

—Jamás consentiré, decia Elvira al mismo tiempo.

—Silencio los dos: silencio, vive el cielo! Os prometí haceros felices: ¿quién hay aquí capaz de dudar de mi promesa?

—Señor, mi único anhelo, mi sola felicidad...

—Pero Gil, le contestó con voz de trueno; ¿cuándo has aprendido á replicar en mi presencia?

El doncel retrocedió espantado, mientras D. Rodrigo le miraba con aire de triunfo, pues en medio de su propia humillacion, gozaba con la humillacion de su rival; y para aumentarla al mismo tiempo que sus celos:

—Señor, dijo, la órden que me habeis dado como en castigo por mi conducta pasada, es favor en vez de pena; y ya anhelo que la hermosa Elvira se digne concederme el derecho de llamarla mia.

—Pues bien, todo está preparado: un sacerdote os aguarda en la capilla, marchad. Id vos con ellos, Padilla, añadió dirigiéndose á uno de los caballeros que le acompañaban, y cuidad de que se ejecuten mis órdenes. Y vos, Elvira, recordad que vuestro padre os dejó al morir un nombre puro: ¿queréis que ese nombre quede infamado para siempre? el honor os manda dar la mano á D. Rodrigo: obedeced. Y con impe-

rioso gesto y el brazo estendido, la señalaba la puerta donde Chaves la estaba esperando.

Elvira, aturdida y sin saber lo que hacia, salió dirigiendo á su amante una de aquellas miradas que en vano se intentaria pintar, y en las cuales está reconcentrada toda una existencia.

—Pero Gil, dijo el embozado cuando se quedó solo, haced entrar á los caballeros de la ciudad.

—Vive Dios, añadió mirando al doncel que se alejaba, está mas enamorado que nunca! En este momento me maldice, y tal vez está formando proyectos de venganza... Así son todos! he nacido para hacer ingratos: todos me aborrecen porque no les es dado comprender mi alma. Por eso me llaman tirano; por eso no viven sino de la rebelion... Imbéciles! Porque quiero hacerles dar un paso en la marcha de las generaciones, oh! llegarán hasta ultrajar mi memoria; pero así que los siglos hayan rodado sobre mi tumba, lucirá para mi nombre el día de la justicia.

—Entrad, caballeros, entrad, añadió viendo que se acercaban los hidalgos que había convocado: los títulos de vuestras propiedades se han destruido: vuestras cartas de nobleza sufrieron la misma suerte: el mal es irremediable; pero mañana se juntará el pueblo en la plaza á voz de pregonero, y designará cuáles son vuestras propiedades, quién tiene el alto honor de llamarse caballero: este acto será conocido con el nombre de la *sentencia arbitraria*.

Todos se inclinan en silencio y salen con el asombro y el respeto marcados en el rostro; mientras D. Pedro, ageno á cuanto pasaba y con la vista fija en la puerta por donde salió Elvira, parecia la estatua de la desesperacion.

Reina en el salon un profundo silencio, hasta que entró Padilla, y acercándose al oido de su jefe:

—Señor, dice, vuestras órdenes están cumplidas.

—Todas?

—Todas.

—Sin resistencia?

—Nada se opone á la fuerza de los ballesteros.

—Pero Gil, asómate á ese balcón y dime lo que veas.

El doncel obedeció maquinalmente; pero al apercibir lo que pasaba dió un agudo grito: acababa de ver á D. Rodrigo colgado de uno de sus balcones y luchando aun con las últimas convulsiones de la agonía. Un pueblo inmenso contemplaba mudo y aterrado aquella horrible escena.

—Señor, señor, clamó Pero Gil cayendo de rodillas, perdonadme, habia dudado de vuestra justicia!

—Ya lo habia leído en tus ojos; pero te perdono, porque te disculpas la fuerza de tu pasión. Está consumado el castigo; ahora, añadió viendo entrar á Elvira pálida y conmovida, ha llegado el momento del galardón por tu fidelidad pasada: Pero Gil, ¿quieres unirte á la viuda de D. Rodrigo de Chaves?

—Señor, contestó el caballero besándole la mano, sois el mas justo asi como el mas grande de los hombres! Permitidme ahora que anuncie al pueblo vuestro nombre ilustre para que lo bendiga.

—Y corriendo al balcón, debajo del cual se agitaba numerosa muchedumbre, gritó con acento de entusiasmo, levantando los brazos al cielo: Viva el rey de Castilla! Viva D. Pedro el Justiciero!

Hace dos años que existia en Ubeda un antiguo solar casi demolido, y que se conocía con el nombre de *La casa del ahorcado*: la historia que acabamos de contar es, segun una tradicion del pais, el origen de tal denominacion.

FRANCISCO AGUILAR Y LORA.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 17.

Detrás de la cruz el diablo.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.